

EXPERIENCIAS DE VIOLENCIA Y DE RESTITUCIÓN

en sobrevivientes de minas antipersonales en el Magdalena Medio colombiano

ANGÉLICA FRANCO GAMBOA

GRUPO CONFLICTO SOCIAL Y VIOLENCIA DEL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES (CES)

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

anfrancoga@unal.edu.co

Resumen

Este trabajo explora las experiencias de violencia y de restitución de cuatro sobrevivientes de minas antipersonales del Magdalena Medio colombiano. La subjetividad, la intersubjetividad y la experiencia social fueron las categorías de análisis que permitieron mostrar que el héroe, el criminal y la víctima pueden habitar un mismo cuerpo y que no es lo mismo ser víctima que ser sobreviviente. La psicología y la antropología se pusieron en diálogo para mostrar, por una parte, cómo es la relación entre las experiencias de violencia y de restitución de los sobrevivientes y las dimensiones sociales, históricas, políticas y culturales de sus contextos. Por otra, ponen de manifiesto el potencial del espacio intersubjetivo para movilizar la restitución de los cuerpos desmembrados a través de prótesis simbólicas.

PALABRAS CLAVE: violencia, prótesis simbólicas, sobreviviente de mina antipersonal, cuerpo.

EXPERIENCES OF VIOLENCE AND REPAIR OF LANDMINES SURVIVORS IN MAGDALENA MEDIO, COLOMBIA

Abstract

This research explores the experience of violence and restitution of four landmine survivors in Colombia's Magdalena Medio region. Subjectivity, intersubjectivity and social experience are analytical categories that I use to show that the figures of the hero, the criminal and the victim can inhabit the same fragmented body, and to demonstrate that the experience of the victim is different than the one of the survivor. This interdisciplinary approach, both psychological and anthropological, shows the connection between the experience of violence and restitution for landmine survivors and the social, historical, political and cultural realms which surround them. On the other hand, this research reveals the potential of the intersubjective space to mobilize the restitution for its dismembered bodies through symbolic prosthesis.

KEYWORDS: *violence, symbolic prosthesis, landmine survivor, body.*

A Florentino Lozada, in memoriam

INTRODUCCIÓN¹

Desde la ratificación del Estado colombiano de la Convención de Ottawa (en el año 2000) se están implementando acciones para reducir las amenazas por minas antipersonales, aliviar el sufrimiento de los sobrevivientes y mejorar el impacto de la acción desarrollada por el Gobierno a escala regional. A pesar de los esfuerzos, no se han obtenido los resultados esperados y, por el contrario, hoy Colombia es el país que presenta la mayor

cantidad de víctimas de minas antipersonales en el mundo, con un registro de 9.325 de 1990 a abril del 2011 (hasta el año 2009, Camboya y Afganistán ocupaban los primeros lugares)². En este contexto, el Estado colombiano ha manifestado dos importantes problemas: la imposibilidad de garantizar el desminado humanitario de todo el territorio nacional mientras continúe el conflicto armado³ y las dificultades en el proceso de rehabilitación integral, inclusión socioeconómica y atención psicosocial como parte de la asistencia a las víctimas de minas antipersonales⁴.

Diversos estudios han analizado aquellas intervenciones carentes de impacto o eficacia en la asistencia a las poblaciones vulneradas por la violencia. Bracken, Giller y Summerfield (1995) y Summerfield (1999), por ejemplo,

1 Este artículo es un primer esfuerzo por sintetizar algunos de los planteamientos sostenidos en mi tesis de Maestría en Antropología Social, "Hay tanto dolor en la piel: experiencias de violencia y de restitución en sobrevivientes de minas antipersonales".

2 Información consultada el 16 de junio del 2011 en la página web oficial del Programa de Acción Integral contra Minas Antipersonal (Paicma) de la Presidencia de la República de Colombia: <http://www.accioncontraminas.gov.co>

3 Debido a esto, en el 2008 el Estado colombiano solicitó la extensión del plazo por diez años más para asegurar la destrucción de todas las minas antipersonales. En noviembre del 2009, Colombia fue la sede de la Segunda Conferencia de Examen de la Convención sobre la prohibición de las minas antipersonales, en la ciudad de Cartagena. En esta se discutió y se concertó el plan de acción que orientará la ejecución de las actividades de la acción contra minas entre el 2010 y el 2014 (Paicma 2010, 86).

4 Dentro de este ámbito se han identificado tres cuellos de botella: 1) "las víctimas no acceden de manera oportuna y completa a los servicios estipulados por la ley para su asistencia integral"; 2) "la oferta actual de las organizaciones estatales, no estatales y públicas no se encuentra integrada con sus necesidades" y 3) "los aspectos psicosociales y de inclusión socioeconómica de la asistencia no están plenamente desarrollados e implementados" (Paicma 2008, 6).

señalan que las intervenciones infructuosas relacionadas con los efectos de la guerra sobre los seres humanos se deben en cierta medida al desconocimiento de variables políticas, históricas, sociales

y culturales que definen, además de las variables individuales, la experiencia de dolor de las personas y sus respuestas. Cada una de estas dimensiones determina la experiencia subjetiva de la violencia y de la recomposición del mundo. Desconocerlas produce un entendimiento distorsionado de las representaciones y de las *disposiciones* de los sobrevivientes de la violencia.

LO OFICIAL Y LO LOCAL

Las víctimas han sufrido las trampas que los grupos ilegales, especialmente la guerrilla, han sembrado en los campos y caminos de la mayoría de departamentos del país [...]. Nuestros héroes merecen que se destinen todos nuestros esfuerzos, que incluso son pocos, para que se rehabiliten rápidamente y se sientan útiles para la sociedad [...]. Esperamos que podamos condenar, sin dudas, y sin ningún tipo de consideración ni justificación, sin posiciones permisivas ni tolerantes, a los grupos armados ilegales que emplean minas como parte de sus tácticas destructivas, que afectan a la libertad de movimiento y a las vidas de las poblaciones más vulnerables.

FRANCISCO SANTOS, marzo del 2009, Ginebra (Suiza).
Celebración de los diez años de la Convención de Ottawa⁵.

El estudio que se expone en este artículo comenzó con el presupuesto de que las víctimas (los civiles), los héroes (las fuerzas militares) y los criminales (los grupos al margen de la ley) se hallan plenamente definidos alrededor del problema de las minas antipersonales en Colombia, tal y como se afirma en los discursos oficiales entre los que figura la cita que encabeza este texto. No obstante, este presupuesto quedó anulado en el terreno cuando, a partir de una etnografía de lo local, se buscó comprender cómo era la relación entre las experiencias de violencia y de restitución de los sobrevivientes de minas antipersonales y las dimensiones sociales, políticas, culturales e históricas en las que ellos se encuentran inmersos.

⁵ La Convención de Ottawa prohíbe el empleo, almacenamiento y producción de minas antipersonales y, hasta hoy, 156 países se han sumado al tratado, incluyendo a Colombia. Treinta y nueve países aún no lo han hecho, y entre ellos grandes potencias como Rusia, Estados Unidos y China.

El trabajo de campo que sustenta esta investigación se desarrolló entre el 2006 y el 2008 en San Anselmo, de donde es oriundo Bernardo, un sobreviviente de minas antipersonales categorizado dentro de la condición de víctima civil (según los discursos oficiales), quien residía en Bogotá hacía dieciséis años aproximadamente. San Anselmo, en el Magdalena Medio santandereano, está constituido por un pequeño casco urbano de unas cuantas cuadras y un vasto territorio rural —el 99% del municipio— que define la vida económica, social, cultural y política de los anselmeños. El cultivo de cacao, aguacate, plátano, café, cítricos y caucho representa la principal fuente económica del municipio; en segundo lugar se hallan los sectores minero, forestal, ganadero y agroindustrial.

Algunos hechos referidos por ciertos pobladores ayudan a confirmar que la explotación del hombre por el hombre y la paradoja entre la riqueza del subsuelo y la pobreza de quien lo labra han hecho del Magdalena Medio colombiano un escenario de conflictos históricos atravesado por acontecimientos significativos de resistencia y contrarresistencia. Muestra de ello son, por ejemplo, *la fuerza yarigüíe* en contra de los españoles durante la colonización⁶, Manuela Beltrán y la Revolución de los Comuneros en 1781, el nacimiento de la guerrilla del Ejército de Liberación

Nacional (ELN) en 1964, el proyecto de Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) a finales de los ochenta y los diversos paros campesinos reportados a lo largo del siglo XX⁷.

La violencia que tuvo lugar hace dieciséis años circulaba fresca en las memorias de los anselmeños: la masacre de la Y⁸, la tortura y el asesinato de Martín Ustegui (el alcalde de entonces), las amputaciones de Agustín, Tarcisio y Pedro, el tanque de guerra en la cancha del pueblo, los helicópteros, los puentes quemados, la presión del fusil en el abdomen y los jóvenes que jugaban fútbol

6 En la investigación "Guerra, territorio y espacio político en el Magdalena Medio: la etnia de los yarigüíes del siglo XVI al XVIII", Leonardo Moreno González (2000) documentó la esfera política, social y el proceso de 260 años de intensa resistencia yarigüíe contra los españoles a lo largo del periodo colonial.

7 Durante el trabajo de campo pude presenciar dos paros campesinos. Uno motivado por las concesiones que el Estado les ha dado a determinadas empresas mineras para la explotación del carbón mineral de la región y otro por la explotación agroindustrial de la palma africana.

8 Según Justo, un profesor del pueblo, en octubre de 1988 hubo una movilización de campesinos (unos a la fuerza, otros voluntariamente) hacia la capital del departamento para pedir la desmilitarización de la zona. De acuerdo con el profesor, más de dos mil personas entre hombres, mujeres y niños que fueron obligados a reunirse en la vía de la Y murieron en un fuego cruzado entre ejército y guerrilla (entrevista con Justo, junio del 2008).

con la pistola en el bolsillo. Tales imágenes eran las que evocaban algunos hombres y mujeres.

En medio de recuerdos intactos, no tardó en emerger esa información que es pública en lo local y privada cuando se sale de allí. Bernardo llevaba dieciséis años omitiendo en sus relatos que portaba un fusil Galil en las manos el día en que detonó el explosivo y, sobre todo, que estaba desempeñando un trabajo como miembro de “la organización”. Siendo un adolescente, Bernardo fue militante de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), un elemento incompatible con el pasado que reinventó y que dio a conocer en Bogotá, lejos de su lugar de origen. Esta “obvia” y a la vez inesperada condición de la amputación por mina antipersonal puso de relieve la brecha entre lo oficial y lo local, la existencia de disposiciones difusas, la mimesis entre la víctima y el victimario y la experiencia de sobrevivir a una mina antipersonal siendo un actor armado ilegal: una condición invisible, al lado de la del civil o la del militar.

Omisiones como estas suscitaron reflexiones definitivas para la investigación y subrayaron la importancia de asumir, como eje transversal de los estudios y las intervenciones cuando los escenarios de violencia son el objeto de su interés, el desorden clasificatorio que emerge de identidades y categorías móviles y fluctuantes, que se sujetan y se desligan según las particularidades históricas, políticas, sociales y culturales en un tiempo y en un espacio. Conocer y recrear las formas específicas de pensar y vivir en el mundo que la violencia produce implica adentrarse en lo local, en las historias de vida de los individuos, en las representaciones de sí mismos, en sus concepciones del mundo y de la vida, en sus deseos, temores y necesidades, en su cotidianidad, en sus prácticas intersubjetivas, en los actos de violencia y en las distintas *formas de digerir el pasado* e interiorizarlo en el cuerpo vivo.

Para comprender estas dimensiones se pusieron en diálogo la antropología⁹ y la psicología

⁹ Se acogió como base epistemológica una antropología sensible al tema de la guerra y de la violencia. Según Tambiah (1996), “el fenómeno de la violencia colectiva implica tres grandes temas de investigación” (27). El primero se ocupa de “las formas y trayectorias de la agresión colectiva” (27), los factores históricos, económicos y políticos que subyacen a la violencia y las características de los actores que la configuran. El segundo se interesa por la dimensión desestructurante de la guerra que vulnera a una población, examina los éxodos forzosos, cómo se fracturan las categorías que le otorgan sentido a la vida diaria, el proceso de “reconfiguración de las nociones de identidad” (27) y la reconstitución del espacio. Y el tercero estudia “la experiencia de sufrimiento de los sobrevivientes de la guerra” (28) y la reconstrucción del mundo (Das 1995; Das, Ramphel y Reynolds 2000; Kleinman 2002; Kleinman, Das

☛ y Lock 1997; Scheper-Hughes 1997). Dentro de este último ámbito se situó este estudio.

10 Se acogió una psicología social de corte construccionista que permitiera develar relaciones dialécticas entre dimensiones psicológicas y sociológicas (Baró 1990; Ibáñez 2001). También se usaron instrumentos psicoproyectivos que permitieran interpretar la proyección de la figura humana realizada por los sujetos que participaron en la investigación (Machover 1974).

11 Atendiendo a los principios de intimidad y anonimato, los nombres aquí presentes no corresponden a los reales.

social¹⁰ a través de la práctica del método etnográfico. Desde ambas miradas se buscó conocer y comprender las experiencias de violencia, de sufrimiento y de restitución de cuatro sobrevivientes de minas antipersonales oriundos de San Anselmo: Juan (29 años), Bernardo (32), Tarcisio (42) y Florentino (75)¹¹.

LAS EXPERIENCIAS DE VIOLENCIA

El punto de partida de las experiencias de violencia de Bernardo, Tarcisio, Florentino y Juan se localiza en los comienzos de la década del noventa del siglo pasado. La sucesión de hechos trazada por la masacre de la Y, el homicidio de algunos miembros de la comunidad por parte de la guerrilla, la denuncia campesina de estos acontecimientos, la tortura y el asesinato del alcalde del pueblo e hijo de sus fundadores hacendados, la organización de campesinos que cambiaron arados por fusiles para vengarse de la guerrilla y se constituyeron en un actor armado, así como por la instauración de mecanismos de control y hostigamiento en contraposición a la organización campesina, movilizó la consolidación de un grupo paramilitar respaldado por el ejército y por los terratenientes de la zona.

Los *actos de violencia* se incrustaron en la cotidianidad como uno de esos excesos que no dan tiempo para ser digeridos. Las prácticas de la vida diaria y todos aquellos aspectos culturales que le otorgan a una comunidad una manera particular de percibir los hechos y actuar frente a ellos fueron habitados por las lógicas de guerra en las que unos someten y otros son sometidos. La violencia ya no solo habitaba el espacio público del pueblo y sus veredas, sino las intimidades de las casas, las decisiones, las vocaciones de los jóvenes, los roles de género, las relaciones interpersonales y de parentesco. En este contexto, miles de muchachos, voluntariamente o a la fuerza, cedieron ante la presión ejercida por uno u otro grupo para engrosar sus filas. Fueron estas luchas de poderes entre paramilitarismo y guerrilla las que consolidaron

la fragmentación del cuerpo social campesino (a través del reclutamiento de sus jóvenes) y convirtieron a San Anselmo en uno de los más grandes campos minados en Colombia¹². En este contexto, Bernardo, a los dieciséis, y Tarcisio, a los veintiséis años, engrosaron las filas de la organización armada en San Anselmo:

Estaba bajo una presión itan horrible! que no había forma de vivir. La guerrilla me presionaba para irme con ellos, las autodefensas me dijeron “usted tiene que... [hace silencio]”. Entonces yo a lo último tomé la decisión. Miré lo viable: como yo veía que las autodefensas se vinculaban con el ejército, entonces yo dije por aquí es que voy, porque esto es con las fuerzas del Estado y resulta que me equivoqué de todas maneras, porque yo no debí haber hecho eso; uno sabe que esos son grupos al margen de la ley. (Tarcisio, junio del 2007)

Motivado por el vínculo entre las fuerzas del Estado y las autodefensas, Tarcisio cedió a la presión y tomó el camino de la lucha armada como parte de un grupo que no se organizó precisamente “al margen de la ley”. Bernardo, por su parte, escaso de palabras, contó que a los dieciséis años dejó de estudiar para trabajar en la casa de la familia del alcalde, a quien apreciaba y respetaba. Tras la tortura y asesinato de su patrón, Bernardo optó intencionalmente por la lucha en defensa del pueblo y en venganza de Martín Ustegui. Por presión y por venganza, ambos hombres eligieron las armas y se adentraron en la experiencia de poder que despierta portar un fusil, ser combatiente y vivir en los límites del riesgo.

Florentino, con 59 años en aquel entonces, campesino hermanado con la tierra y el trabajo, amplió la mirada de ese mismo pasado y dio cuenta de otros modos de afrontar la presión ejercida por los actos de violencia:

En ese tiempo le tocaba a uno resignarse a lo que ellos hicieran porque, en realidad, uno no podía abrir la boca de ninguna forma. Ni al Ejército, ni a fulano de tal, que tal parte y que tal cosa, porque o si no era a uno que lo mataban. Eso era como si fueran adivinos. A uno le tocaba vivir bajo el mandato de ellos. Si era el ejército, era manos arriba y si era la guerrilla, era lo mismo. Todos esos grupos llegaban y le decían a uno “usted va a decir la verdad o se muere”, entonces tocaba a ninguno declararle nada, “yo no sé de nada, yo no sé de nada”. Tocaba estar “sellado”. (Florentino, junio del 2007)

¹² Esto lo hizo merecedor de la denominación *un pueblo mutilado*, en un libro escrito por Manuel Vicente Peña (1996), comunicador, abogado y periodista colombiano.

Mientras Florentino se mantuvo al margen de las armas, Tarcisio y Bernardo militaban como miembros de “la organización” armada. Aunque los relatos alrededor de sus vivencias como combatientes estuvieron abarrotados de silencios, algunos recuerdos fueron expresados después de volver la vista dieciséis años atrás. Para Bernardo, la experiencia de ser actor armado estuvo atravesada por aprendizajes sobre convivencia, por el orgullo de ser puntero —liderar un patrullaje, mérito otorgado al que demuestre menos miedo—, por patrullajes nocturnos y por combates que motivaron disparos con blancos desconocidos. Tarcisio, quien militó unos meses más que Bernardo, mostró otras dimensiones de su experiencia de violencia en el Magdalena Medio:

Al principio se trabajaba y se convivía con las fuerzas militares, pero de un momento a otro fuimos perseguidos. Esa persecución fue tenaz, a veces no podía dormir porque esa psicosis, esos nervios, que un retén, que alguna cosa, ¡ay señor! Una persecución, sin nadie estarlo persiguiendo a uno. Me daba temor, siempre le tuve mucho miedo a la ley, a la guerrilla no porque son criminales comunes y corrientes; en cambio a las autoridades siempre las he respetado. Dentro de ese respeto les tengo temor porque yo sabía que me había equivocado y el pecado acobarda, usted sabe que uno no es capaz de levantarle la mano a su propio padre. Nosotros culpamos a la guerrilla y en cierto sentido le agradecemos al Estado que nos hubiera dado la oportunidad de liberar una zona atropellada por la guerrilla, porque o si no, nos hubiera matado a todos. (Tarcisio, junio del 2007)

De acuerdo con el relato de Tarcisio, a la presión y a la venganza las siguió la persecución. Este último elemento demarcó el rompimiento de esa relación causal señalada por la sucesión de hechos que constituyeron el itinerario de violencia: homicidio-denuncia-tortura y asesinato del alcalde-organización armada de campesinos inducida por la fuerza pública-venganza. Esta fractura en la lógica de lucha, incorporada por Tarcisio, es el indicio de “esas” contradicciones que impiden aprehender nuestra violencia con categorías plenamente definidas y clausuradas, de tal modo que nos invita a acoger el desorden clasificatorio como unidad de análisis. El *temor* por “el pecado que acobarda” y *la gratitud* hacia un Estado que suministró los medios para liberar al territorio de unos “criminales” (la guerrilla) correponden al esfuerzo de Tarcisio por situar en un campo de posiciones inteligibles a un “padre” ambiguo que lo movilizó, luego lo persiguió y ahora lo desmoviliza.

Hacia 1990, mientras unos se las arreglaban para no elegir entre ninguna forma de violencia, otros escogían la vida armada y todos luchaban por sobrevivir. Juan, con trece años de edad, sufría la pobreza de una finca productiva frustrada por la crisis semipermanente del agro que ha caracterizado la historia del país y las armas de los combatientes que paraban en ella. Ocho años después, en 1998, aburrido de ser “de los más pobres del colegio”, Juan se fue “a buscar otra vida”, cambió “el lapicero por el fusil”, ingresó al Ejército y posteriormente a las ya consolidadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC):

Tuve poca experiencia... Siendo un niño me metí a la guerra porque me gustaban las armas. Nosotros nos criamos en medio de la guerra. En donde queda la finquita de los viejos mantenía metida la guerrilla con sus armas. Entonces nosotros fuimos criados en medio de ellos y yo creo que eso me llevó a la guerra. Lo único que uno miraba eran las armas, la idea era cargar un fierro de esos, no había una ideología de querer ayudar a nadie. En el ejército duré cinco años pero me echaron porque no le hacía caso a nadie. En el año 2002 me metí a las llamadas autodefensas. Yo no sé ni qué buscaba, usted sabe que uno en la infancia es muy loco y las armas me gustaban mucho. Eso fue lo que me llevó a mí, las armas. Como me echaron del ejército, yo dije: “Y ahora, ¿qué hago?”. Como me gustaban las armas entonces dije: “Vámonos pa'l otro lado”, y cogí las armas de las autodefensas. Las autodefensas imovían el mundo!, yo me sentía orgulloso de ser de esa gente y del respeto que tenía por eso. (Juan, junio del 2007)

Juan puso de manifiesto que, ocho años después, la intención de defender a la población se desvaneció entre el olvido y el poder, y con ella unas formas de experimentar la violencia. Ahora, el arma y sus propósitos (producir amenaza, lesión o muerte a una persona) son un elemento de la cotidianidad, bien sea para mover el mundo y ejercer el dominio, o bien sea para doblegarse ante ella. La guerra se volvió un oficio, “cualquier lado” se convirtió en una buena opción para ejercerlo y la conciencia sobre el impacto político de los propios actos se desdibujó con el tiempo. El hecho de criarse “en medio de la guerra”, a la que algunos le apostaron por presión y otros por venganza, generó las condiciones propicias para llegar a la lógica del arma por el arma:

—De las armas me gustaba todo. Hacerla sonar, escucharla sonar. Hasta me gustaba escuchar que le están dando a uno, que pasa ssshhuuu por el ladito, todo eso me gustaba o me gusta, porque

es muy difícil olvidarlo de la noche a la mañana.

—¿Tendrá que ver con el poder?

—De pronto sí. Uno con un arma ya se siente otra persona, se siente más que los demás, porque yo la tengo y usted no, el que tiene el arma manda. Me gustaba que me vieran con la pistola, así era como nos ganábamos el respeto de la gente, yo sentía que tenía el mundo en las manos. (Juan, junio del 2007)

EL EVENTO CRÍTICO

Las circunstancias concretas en las que el explosivo fue detonado por los cuatro hombres estuvieron definidas por el modo en el que cada uno se involucró dentro del itinerario de violencia. Florentino tenía 61 años de edad y recogía café cuando la mina lo asaltó. “Me tiró como a dos metros de donde la pisé, quedé como aturdido y miraba para todos lados, pero no veía nada. Entonces empecé a sentir un dolor y un calor que me brotaba por todo el cuerpo y bregué a pararme, pero no fui capaz” (Florentino, julio del 2007). En un hospital de Barranca, tres o cuatro horas después, le practicaron la intervención quirúrgica que separaría su cuerpo de ambos miembros inferiores a la altura del muslo y la cadera:

Me pusieron en un cuarto y vi pasar una cama, y otra, y otra, y otra, y así hasta que me llevaron a un mesón y me taparon con una sábana, de ahí no me acuerdo de nada. Yo veía un río que venía supremamente cargado de palo, de ganado, de gente, presas de gente, presas de ganado, era una pesadilla que yo estaba soñando, yo veía que bajaba miembros de gente, brazos de gente, piernas de gente, ganado despresado, palo y piedras. El río venía todo embarrado, el agua era así como cuando hay creciente y baja embarrada y en ese sueño fue que me desperté y ahí fue cuando sentí ese desespero. (Florentino, junio del 2008)

Mientras terminaban de fragmentar su cuerpo, Florentino veía en su manifestación inconsciente circular trozos de gente y presas de ganado, presas de ganado y trozos de gente que no son distintos a él mismo y a la negación de su ser humano. Palos, piedras, brazos y piernas —sus dos piernas— se van río abajo como si fueran la misma cosa, en el mismo barro y con el mismo rumbo. Recordar y narrar su desmembramiento le implicó a Florentino traer a la conciencia las horas, los caminos,

las personas, las palabras, las sensaciones, los pensamientos y la resistencia para enfrentar el dolor que iba desde la piel hasta lo más profundo de las vísceras.

Sin embargo, otras historias no se cuentan con frecuencia, se cuentan sin contarse y se reemplazan por otras. Bernardo y Tarcisio, a diferencia de Florentino, relataron de manera breve y poco detallada el evento crítico de su desmembramiento. Por una parte, Bernardo permitió saber que su accidente ocurrió la mañana del 1.º de enero de 1992, en medio de una incursión guerrillera cerca de los potreros de la familia Ustegui. Lejos de San Anselmo, una nueva historia y la omisión de detalles —como el porte de un fusil— fueron empolvando su pasado y recreando una imagen de sí mismo coherente con la expectativa social del buen civil en la capital del país. Por su parte, Tarcisio dejó saber que lo auxiliaron sus compañeros, que pasaron aproximadamente cinco o seis horas antes de recibir atención médica y que estuvo cuarenta y seis días en recuperación pidiéndole a Dios que le quitara la vida. Tanto Bernardo como Tarcisio sufrieron amputación de la pierna izquierda a la altura del muslo, la del segundo más alta que la del primero.

Diez años después, el evento crítico de la amputación de los actores armados tomó cursos y recursos completamente distintos. Juan tenía veinticuatro años de edad cuando fue asaltado por la mina antipersonal en el año 2002. A diferencia de Bernardo y Tarcisio, él fue generoso con sus palabras y no omitió detalles que le permitieran narrar con exactitud una experiencia no tan lejana en el tiempo. Él y cinco compañeros más se encontraban en un patrullaje de rutina cuando se enfrentaron a uno de los gajes de su oficio:

La mina esa me levantó y yo caí en el hueco que hizo la bomba. No pensé que era para mí, cuando me intenté levantar no fui capaz: me miré, me faltaba un pie y el otro pie estaba partido. Me puse a llorar, hasta ahí llegué, se me acabó el mundo, pensé en acabar de matarme sino que no me dejaron, me quitaron la pistola. Luego me sacaron hasta Puerto Anónimo y de ahí me echaron para Bahía Silencio. Desde ahí me llevaron hasta La Empedrada a una clínica privada que hay allá, la Clínica de la Perpetuación, y ahí me amputaron el pie derecho. Yo lloraba todo el día de pensar en todo lo que no volvería a hacer, sufría del desespero por las curaciones, yo no quería seguir viviendo más, yo quería que la enfermera me aplicara alguna cosa, cualquier cosa, pero que acabara con el dolor, con la angustia y con todo. (Juan, julio del 2007)

Sin silencios ni prevenciones, Juan narró abiertamente cómo fueron las circunstancias en las que detonó la mina “quiebrapatas”, nombró los trayectos recorridos, los lugares en los que fue atendido, su localización precisa y todos aquellos aspectos que constituyen el recuerdo que conserva de aquel 6 de junio. De este modo Juan pone de manifiesto que el miedo o la culpa —la misma que motiva los silencios y las omisiones— no es un sentimiento asociado a su papel como actor armado.

EL MUNDO DE LOS MUERTOS

Los mitos basados en la asimetría de las extremidades inferiores tienen, probablemente, sus raíces psicológicas en la percepción que la especie humana tiene de sí misma, de su propia imagen corpórea. Lo que altera esta imagen resulta ser particularmente adecuado para expresar una experiencia más allá de los límites de lo humano: el viaje al mundo de los muertos [...].

CARLO GINZBURG (2003)

Esta parte de la reflexión se propone *representar* una experiencia que, como asegura Ginzburg (2003), va más allá de los límites de lo humano. El mundo de los muertos se materializa en el sueño de Florentino, en la petición que Tarcisio le hace a Dios para que le quite la vida, en el insoportable dolor que recuerda que se está trágicamente vivo y muerto a la vez, en el deseo de “acabar” de matarse de Juan y en el terror de asumir ante sí mismo y ante los ojos de los demás la imposición inesperada de un cuerpo incompleto.

Scarry señala que “la ausencia total de contenido referencial” en torno al dolor físico hace que este “no pueda ser fácilmente objetivado de forma material o verbal”; en este sentido, la autora escudriña la relación entre el dolor y la imaginación, y sitúa la capacidad de imaginar objetos ausentes provenientes del mundo real, como la posibilidad intencional de objetivar el dolor físico (1985, 164). Uno de los instrumentos utilizados para vincular el dolor y la imagen y desentrañar aquellos significados que moldean la experiencia del sufrimiento intrínseca al mundo de los muertos fue la interpretación de proyecciones o dibujos de la figura humana que elaboraron los sujetos de la investigación.

La idea de que el cuerpo constituye la existencia material de los seres humanos permite tejer vínculos fuertes entre las nociones de cuerpo e imagen. Hans Belting (2009) aborda esta relación de manera muy sugerente en su trabajo *Antropología de la imagen*, en el que plantea que más que un producto de la percepción, una imagen es el resultado de una simbolización personal o colectiva. Todo lo que pasa por la mirada puede entenderse como una imagen o transformarse en una imagen, de modo que la producción física de imágenes constituye actos simbólicos, que se vinculan con maneras de percepción igualmente simbólica o mental. Por esto la función de una imagen es simbolizar la experiencia del mundo y representarlo, “de manera que en la transformación se indique también lo forzoso de la repetición” (2009, 30). En su análisis, el antropólogo plantea una relación estrecha entre percepción de la imagen y percepción del cuerpo y para ello precisa la diferencia entre imagen y medio portador de las imágenes. Toda imagen requiere de un medio o superficie para que pueda corporizarse y proporcionarse una presencia que la dote de significado y de una forma de percepción.

Según el autor, “la historia de la representación humana ha sido la historia de la representación del cuerpo” (2009, 111), en cuya producción participan la asignación de roles como entidad “portadora de un ser social”, un imaginario colectivo específico (que incluye mitos y símbolos de una época) y un conjunto de técnicas configuradas histórica y socioculturalmente para la producción física y artística de imágenes. MacDougall apoya estas ideas y afirma que:

Vemos con nuestros cuerpos y en cualquier imagen que plasmamos estos se proyectan poniendo de manifiesto nuestro ser y los significados que intentamos transmitir. Como un producto de la visión humana las imágenes corporales [...] son espejos de nosotros mismos que reproducen todas las actividades del cuerpo, sus movimientos, sus cambios de atención y sus impulsos contradictorios hacia el orden o el desorden.¹³ (MacDougall 2006, 3)

13 “We see with our bodies, and any image we make carries the imprint of our bodies; that is to say, of our being as well as the meanings we intend to convey. As a product of human vision, image-making might be regarded [...] mirrors of our bodies, replicating the whole of the body’s activity, with its physical movements, its shifting attention, and its conflicting impulses toward order and disorder” (MacDougall 2006, 3) [traducción libre de la autora].

14 Para la interpretación de los dibujos se tuvieron en cuenta las categorías de análisis sugeridas por Karen Machover (1974) en el test proyectivo de la figura humana. La producción del dibujo implica un proceso de selección de elementos extraídos del infinito arsenal de experiencias e imágenes potencialmente disponibles, en combinación con una forma de actuar y representar lo percibido. El análisis intenta reconstruir los rasgos principales de la expresión gráfica en función de la historia personal de quien dibuja, los significados sociales que tienden a adquirir los atributos físicos, los valores de los símbolos que se proyectan en los dibujos, la correlación entre algunos órganos o partes del cuerpo y las emociones, y sobre todo la importancia funcional que se le atribuye a cada parte del cuerpo en la configuración del trayecto experiencial (Machover 1974).

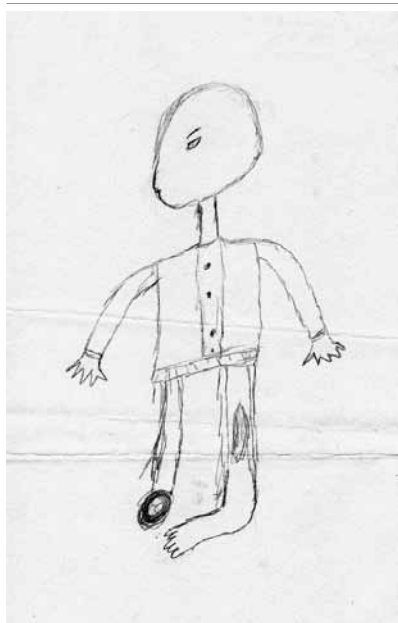


FIGURA 1. DIBUJO DE LA FIGURA HUMANA DE JUAN

Fuente: Elaborado por Juan, 2007.

Dado que el dibujo es un medio de expresión familiar para la comunidad con la que realicé este trabajo, el uso de este instrumento en el orden extralingüístico resultó ser de gran valor¹⁴.

La proyección que Juan realizó de su propio cuerpo fue sumamente útil para representar la experiencia de sufrimiento simbolizada en el viaje al mundo de los muertos, considerando la proximidad en el tiempo del evento crítico que ocasionó la amputación de su miembro inferior (figura 1).

Uno de los acentos de esta proyección se manifiesta en la línea media de la figura representada mediante botones y una línea vaga y ligera en medio del tronco. Esta constituye el punto de referencia que demarca el equilibrio del cuerpo y la simetría de los dos hemisferios. La concentración de detalles en la línea media de la figura denota el esfuerzo por mantener el equilibrio y, al mismo tiempo, agudiza la separación, el límite o la *fragmentación* entre un lado del cuerpo y el otro, que también se pone de relieve por la representación asimétrica de las piernas y los pies de la figura. Este rasgo de la proyección reafirma la diferenciación entre

ambos hemisferios y señala, además, una ausencia que amenaza el equilibrio y complica la ejecución de las funciones atribuidas a estos miembros. Las piernas y los pies “sostienen el cuerpo, lo balancean, hacen posible la locomoción”, el contacto con la tierra, la apropiación del espacio (Machover 1974, 69) y la ejecución

de los roles interiorizados en los cuerpos de los combatientes y los campesinos que fueron sujetos de la investigación. La ausencia de estos miembros amenaza la capacidad de sustento y sitúa a los cuerpos demediados en posiciones desventajosas al lado de otras:

Lo que hace distinto a Juan de *Miguelito* [cualquier otra persona] es que Juan pisó una mina, le falta un pie y le impide muchas cosas. Yo quisiera estar alentado y poder trabajar, por eso yo no soy igual que *Miguelito*. *Miguelito* sí está completo, no le falta nada y a Juan sí le falta un pie. Yo quisiera trabajar en lo que sea, es que lo único que aprendí cuando pelado fue lo que más o menos sé yo del campo. Eso es lo único que yo sé y del resto fue la guerra, llevo diez años en este negocio, yo sé de fusiles, de pistolas, yo le puedo decir a usted qué es una Galil, qué es una AK47. Déjeme a mí un almacén de armas que yo se lo administro. (Juan, julio del 2007)

En una u otra forma de la experiencia (la del campesino o la del excombatiente), la pérdida de las condiciones necesarias para cumplir con el papel que los individuos han forjado y que les imprimen la historia y la cultura le da paso a un hondo sentimiento de ruina e indignidad. Por ejemplo, tanto Bernardo como Tarcisio, “abandonados” por la organización, fuera de combate, derrotados por “los criminales” e incapaces de seguir militando, pusieron de manifiesto el sentimiento de humillación que experimentaron al recibir “la limosna” de sus vecinos, por tener la necesidad de contar con un soporte externo y por no poder cumplir con las expectativas asociadas con su rol masculino, militar y laboral: “Me trataron como el desechable, caí en una depresión itan horrible! que me hundí en un alcoholismo del que no he podido salir del todo” (Tarcisio, junio del 2007). A partir del trabajo etnográfico se identificó que para los hombres de San Anselmo la capacidad para proveer, el autosostento, la libertad y la independencia son elementos de alto valor cultural asociados con el trabajo de labrar la tierra. Florentino, por ejemplo, permitió conocer que para el campesino la tierra es, además de una fuente de trabajo, una forma de vida:

Yo creía que iba a quedar inútil para siempre, mi único amparo para obtener alimento era trabajar en los campos de aquí y de allá. Yo decía: “¿Ahora con qué facilidad puedo ganarme el pan para sostenerme a mí y de paso a mi familia? Si no me muero quedará andando en silla de ruedas, ¿quién sabe cómo será mi situación de ahora en adelante? Yo solo sé tumbar monte y ahora posiblemente no

pueda ganarme ni un peso para nada y soy tan malo para extender la mano y pedir limosna. Si alguien me la quiere dar que me la dé voluntariamente por su propio gusto, yo no tengo corazón para eso, me da pena. (Florentino, julio del 2007)

La posición subvalorada del cuerpo incompleto, fuera de combate en el caso de los exmilitantes y sin capacidad de sustento en el de los campesinos, define el espacio intersubjetivo en el mundo de los muertos. La representación de brazos, manos, piernas y pies da cuenta de la postura y de la disposición del contacto que establece quien dibuja con su entorno. Los brazos de la figura dibujada, con manos abiertas y uñas puntiagudas, se extienden de manera *receptiva* y simultáneamente *defensiva* hacia el exterior. Estas disposiciones se relacionan estrechamente con el trazo de otros rasgos de contacto como los miembros inferiores. El refuerzo del pie derecho muestra la *fijación* que hay alrededor de esta parte del cuerpo y el tamaño desproporcionado del izquierdo, *el esfuerzo por compensar* la ausencia de su homólogo. Estos aspectos señalan que la experiencia de la amputación es atravesada por la preocupación puesta en los ojos de los otros y por las interacciones que se organizan internamente a partir de esta: “Por las buenas soy bueno, pero por las malas soy jodido. Si usted es mi enemiga y yo quisiera borrarla, usted o me borra a mí o yo la borro a usted. A mí se me dificulta mucho por ese problema que yo tengo, porque la vida le cambia a uno mucho” (Juan, julio del 2007). Bernardo, por ejemplo, añadió significados que amplían la comprensión de esta dimensión de la experiencia:

Los dos primeros años después del accidente fueron muy difíciles, me volví rebelde, agresivo, comencé a culpar a los otros; mi familia y mis amigos me tenían miedo, me convertí en un alcohólico, yo ivoliaba botella! Era muy harto mirar para el techo todo el día. Pensaba que me estaba convirtiendo en una carga para mi familia, pensaba que como yo estaba así, nadie se iba a fijar en mí, no me veía común y corriente, sentía que las muchachas del pueblo me rechazaban. Me molestaba cuando la gente me daba plata para ayudarme, yo quería estar solo porque mis sueños quedaron vueltos nada. Desde muy pequeño he sido muy independiente y me gusta hacer las cosas por mí mismo. (Bernardo, octubre del 2006)

Entonces, en el espacio relacional se confirman las limitaciones del cuerpo masculino para cumplir con la expectativa que se tiene de él en la vida social, en la productividad, en la afectividad,

en la política y en la cultura. No obstante, en este contexto también se incorporan prótesis. En el caso de Juan, la insoportable condición de su existencia fue mitigada por su retorno al rol que conocía y que había forjado. El porte de un arma, nuevamente dentro de la organización, se convirtió en la prótesis más efectiva para contrarrestar las limitaciones de un cuerpo incompleto y la honda preocupación por *los ojos de los demás*:

Como yo andaba con ellos nadie me reprochaba, nadie me *miraba* feo, nadie me *miraba* de otra forma porque como yo era de ellos me tenían respeto, no había burla. Eso [su pertenencia a la organización] fue lo que hizo que a mí no me diera tan duro lo del accidente, como yo era de esa gente todo el mundo me *miraba* con respeto. (Juan, junio del 2007)

Juan evoca el pasado y permite develar su forma de sentir y pensar al otro y a sí mismo, y dentro de estos sentidos y sinsentidos pone de manifiesto que el arma se volvió una extensión del cuerpo, que sitúa al mundo en las manos, que da carácter y que despierta el respeto que no amerita el cuerpo campesino por sí mismo, ni el propio ni el de los demás¹⁵: “Uno ya se siente otra persona”, ahí radica la fascinación por esta “herramienta de trabajo”.

Con el paso del tiempo eso que hizo que a Juan “no le diera tan duro el accidente” empezó a declinar. En el año 2004, el proceso de desmovilización se extendió por el territorio colombiano¹⁶: “Nos dijeron ‘no es si quiere o no, es que tiene que desmovilizarse’, me botaron a la calle como a un perro”. De este modo, Juan se vio despojado del arma dignificadora del cuerpo demediado, de la guerra como oficio, del mundo que conoce y del apoyo de la organización. Ahora sin el arma, se enfrenta al hecho de no saber hacer nada distinto, a la escasez de oportunidades, a la negación de estas por parte de una sociedad indiferente, a

15 El arma como extensión del cuerpo evoca el concepto de *cyborgs* de Donna Haraway (1995, 253-256), definido como “un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y de ficción” (253) que vive en mundos ambiguamente naturales y artificiales, acoplamientos entre organismo y máquinas cuyo “problema principal es que es hijo ilegítimo del militarismo y del capitalismo patriarcal” (1995, 256).

16 Según la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), “tras la elección del expresidente Álvaro Uribe Vélez en agosto del 2002, algunos líderes de las AUC hicieron pública la intención de negociar términos para la desmovilización de sus fuerzas” (CIDH 2004). No obstante, según el alto consejero para la reintegración, en un artículo publicado por el diario *El Tiempo*, aunque la mayoría de bloques se encuentran desmovilizados, fenómenos como el narcotráfico y la indiferencia de la población civil para acoger a los excombatientes están fomentando la configuración de bandas emergentes (Torres y Gómez 2008).

la “desnudez” de un cuerpo distinto y al reto de develar un sí mismo que no conoce todavía.

La interpretación de la proyección de la figura humana que elaboró Juan permitió explicitar importantes aspectos que moldean el sufrimiento corporal en un viaje al mundo de los muertos: la imagen de sí mismo incompleta, la mirada de los otros, la internalización de esta y las configuraciones históricas, sociales, políticas y culturales que permean estos tres aspectos. La asimetría corporal proyectada en la figura humana mostró que no solo se quiebra la materia palpable, sino que se muere un modo de habitar el mundo, se fractura un modo de ser, la relación con el entorno y la vida diaria.

LA EXPERIENCIA DE RESTITUCIÓN

El viaje al mundo de los muertos constituye sin duda el punto de encuentro de las experiencias de sufrimiento por la amputación a causa de una mina antipersonal. No obstante, el modo en el que los sujetos se involucraron en los actos de violencia y la posición que cada uno asumió dentro del campo de relaciones de poder determinaron viajes y trayectos, unos más largos que otros, hacia la recomposición del mundo.

Florentino, por ejemplo, mostró un rápido proceso de familiarización con un cuerpo diferente. Este proceso fue favorecido por las redes de apoyo de las que estuvo rodeado, constituidas por sus parientes y algunos miembros de la comunidad, así como por el sentido del trabajo y de la independencia consolidada en su madurez:

Después de un año perdí el miedo a andar por ahí y me di cuenta que tenía que tratar de venderme, porque si uno no trata de buscar el medio de ayudarse, ¿quién lo va a hacer? Yo he sido enemigo de extender la mano para pedir limosna, he hecho todo el esfuerzo de sostener mi trabajo. (Florentino, junio del 2007)

Un miembro de la comunidad le donó quince conos de piola y con ellos Florentino aprendió a tejer mochilas y pretales: “La primera vez hice un solo pretal en todo el día; hoy en día me hago una docena o más” (figura 2). Ahora todos los domingos de mercado Florentino se instala en la plaza de San Anselmo a venderlos. Para poder hacerlo, él mismo diseñó un artefacto que posibilitó su desplazamiento:

Yo salía solo en una silla de ruedas haciendo fuerza y a veces con una mochila de pretales para vender. Un día un muchacho me dijo: “Yo tengo un motorcito, de pronto le pueden arreglar una cocherita para que usted pueda moverse mejor” [figura 3]. Cuando tengo necesidad de bajarme de la moto me llevo la silla, estos aparatos son el reemplazo de mis piernas. La gente me ha colaborado mucho. (Florentino, junio del 2007)



FIGURA 2. TEJIDOS DE PRETALES DE FLORENTINO

Fuente: Fotografía de la autora, 2008.



FIGURA 3. MOTO DE FLORENTINO

Fuente: Fotografía de la autora, 2007.

Las ruedas y el tejido de pretales ayudaron a Florentino a reivindicarse de alguna manera con su sentido del trabajo y la independencia. Bernardo, por su parte, localizó en sus amigos y en la música el apoyo más importante para superar los dos años de alcoholismo que le siguieron a la amputación de su pierna y al abandono de los miembros de “la organización”. Las invitaciones a participar en el grupo de tamboras del pueblo, a montar bicicleta y a jugar fútbol le mostraron que ante los miembros de su comunidad él podía hacer mucho más de lo que creía y que no había dejado de ser quien era:

Me vieron como una persona, ¡común y corriente! A pesar de que tenía mi amputación me veían normal. Pude volver a ser una persona alegre, deportista, bailarina... yo bailo, ¡con muletas y todo! Me tocó luchar conmigo mismo para no retroceder, como por ejemplo pensar que porque estoy así ya nadie se iba a fijar en mí. Poco a poco todo fue mejorando. Me di cuenta de que mi familia y mis amigos me valoraban mucho, me respetaban y me tenían en cuenta, eso me motivaba. (Bernardo, noviembre del 2006)

“Si él pudo, yo también puedo”, dijo Tarcisio, persuadido por Bernardo, cuando se reencontró con él algunos años después de ser compañeros de combate. Así fue como las voces de amigos y familiares comenzaron a hacer eco en sus sentidos:

Mis hijos, mi esposa y mis amigos me motivaron a superarme. Muchos amigos me apoyaron, iban a la casa y me decían “usted no se ha muerto, usted está vivo, usted puede hacer, usted puede ejercer, usted es capaz, usted perdió una pierna, no la cabeza”. Eso me rehabilitó. Me di cuenta de que no había indiferencia, sino que estaba en mi cabeza. Mis amigos me brindaron confianza y yo la supe cuidar. Luego comencé a trabajar, quería tener algo. Comencé a negociar con lo que me vendieran. Si un perro me vendían, pues yo miraba si lo podía vender. Yo le hacía a lo que fuera y a los dos años tuve un capitalito de cuatro millones de pesos ahorrados y con eso me compré una parcelita. (Tarcisio, junio del 2007)

Durante una de las visitas de campo al pueblo, en noviembre del 2008, Tarcisio, en compañía de su esposa, puso de manifiesto la destreza que tiene para la administración de su finca. En medio de cuentas numéricas alrededor de la cantidad de abono para tal cantidad de cultivos, evidenció un dominio de la técnica para la producción y el mantenimiento de madera y plantaciones de cacao, plátano, yuca, café y pasto para alimentar a tal cantidad

de reses de tantos kilos: “Yo digo que las cosas se las enseñan a uno y uno pone la otra parte. A mí el sufrimiento me enseñó a trabajar y aprendí a trabajar porque donde quiera que iba así me ganaba la vida, entonces por eso hoy en día estoy como estoy”.

Florentino, Bernardo y Tarcisio reafirmaron que existen prótesis simbólicas que se configuran socialmente, distintas a la extensión artificial que reemplaza una parte del cuerpo que se ha perdido. Estas prótesis corresponden a todo recurso (humano, social, material, histórico y cultural) que permita *recrear* unas formas de estar en el mundo, de tal forma que facilite el desempeño de un individuo en distintas dimensiones de la vida. Ejemplos de ello son la sustitución del trabajo del campo por el tejido de pretales, de las piernas por las ruedas, del combatiente por el músico o el finquero. También mostraron cómo estas prótesis motivan, por una parte, el descubrimiento de aspectos desconocidos de sí mismos, de modo que *la imagen con la que se ven y se piensan* se resignifica y, por otra, la *restitución* de aquellas formas de ser que ellos mismos han forjado y que les han impreso la historia y la cultura: en San Anselmo, el sentido del trabajo, la capacidad para proveer, la independencia y la libertad son valores culturales con los que cada uno de ellos se reivindicó movilizado por la comunidad.

La *re-creación* de unas formas de estar y la *restitución* de unos modos de ser acontecen en el espacio intersubjetivo de las relaciones sociales. La definición recíproca entre el mundo y quien lo percibe opera permanentemente: a partir del modo en el que el sujeto considera que es visto por los otros organiza la imagen de sí mismo y sus comportamientos, se permite unas formas de interacción, se conoce como artesano o como músico (actividades en las que otras partes del cuerpo, pasado objeto de dolor, tienen una participación activa y lo convierten en medio de restitución) y se (re) posiciona localizándose en un lugar determinado con respecto a su alteridad. A través de este proceso se configuran los límites entre las disposiciones de la víctima y las del sobreviviente. Florentino, Juan, Bernardo y Tarcisio mostraron que la víctima le entrega a otro la responsabilidad de dignificar la propia vida, significa el hallarse sin recursos para el propio soporte y ser vulnerable ante los ojos de los demás. En cambio, el sobreviviente asume la responsabilidad de restituirse a sí mismo para ser agente de su propia cotidianidad.

CATEGORÍAS FIJAS, SUJETOS MÓVILES

Para terminar esta reflexión se debe anotar que ser civil y ser excombatiente oculto en la condición de civil, ser un actor armado a comienzos de la década del noventa y serlo al final de la misma década envuelven distintas formas de experimentar la violencia, el sufrimiento y la recomposición del mundo. Según los discursos oficiales, las víctimas son los civiles, los héroes son los soldados de la patria y los criminales son los combatientes de los grupos organizados al margen de la ley. No obstante, Juan, Bernardo y Tarcisio develaron una realidad distante de las categorías que delimitan fijamente las disposiciones de los actores. En este trabajo se demostró que las disposiciones involucradas en el héroe y en el criminal confluyen en un mismo cuerpo: tanto el ejército como la organización al margen de la ley fueron grupos propicios para el desempeño de la labor de Juan. Que la víctima y el criminal convergen en el mismo sujeto: Bernardo permitió descubrir la categoría del excombatiente oculto en la condición de civil al revelar que había caído en la mina con un fusil en las manos. Y que el Estado, el “padre”, es tan responsable como otros actores armados del caos político desencadenante de la violencia: “Esas autodefensas se unieron con el ejército y había muchos combates terribles, gente herida, gente muerta y la gente se fue del miedo” (Luisa, junio del 2007); “al principio se trabajaba y se convivía con las fuerzas militares, pero de un momento a otro fuimos perseguidos” (Tarcisio, junio del 2007); “el Estado nos abandonó. O, ¿usted qué cree, que al campesino se le ocurriría armarse solo?” (Pancho, junio del 2007).

Abordar las poblaciones desde lo local, desde su experiencia subjetiva, intersubjetiva y social es urgente, más aún cuando las disposiciones de los actores que construyen la realidad no se hallan puramente definidas. Desentrañar las subjetividades adquiere su verdadero sentido cuando se es capaz de convertir estas fuentes de conocimiento en insumos de trabajo para contribuir con la restauración de los cuerpos sociales y con la generación de soluciones que involucren directamente las poblaciones, no como “beneficiarias”, sino como las conecedoras directas de cuáles y cómo son los hilos del tiempo que han ido tejiendo y enmarañando nuestra realidad, para situarse como agentes de su propia cotidianidad, conscientes de su historia y dueñas de su futuro. Solo así se podrán pensar respuestas afines con nuestras complejidades.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al profesor Carlos Alberto Uribe Tobón, a las antropólogas del Grupo de Antropología Social del ICANH por el estímulo recibido en el año 2008 por medio de la Beca Pioneros(as) de la Antropología Colombiana, y a los editores de la *RCA* por sus comentarios a la primera versión de este texto.

REFERENCIAS

- BARÓ, IGNACIO MARTÍN. 1990. *Psicología social desde Centroamérica*. El Salvador: UCA.
- BELTING, HANS. 2009. *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz.
- BRACKEN, PATRICK, JOAN GILLER y DEREK SUMMERFIELD. 1995. "Psychological Responses to War and Atrocity: The Limitations of Current Concepts". *Social Science and Medicine* 40 (8): 1073-1082.
- COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS (CIDH). 2004, 13 de diciembre. *Informe sobre el proceso de desmovilización en Colombia*. Consultado el 9 de diciembre del 2009, <http://www.cidh.org/countryrep/colombia04sp/informe4.htm>
- DAS, VEENA. 1995. *Critical Events: An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- DAS, VEENA, MAMPHELA RAMPHELE y PAMELA REYNOLDS. 2000. *Violence and Subjectivity*. Berkeley, CA: University of California Press.
- GINZBURG, CARLO. 2003. *Historia nocturna, las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península.
- HARAWAY, DONNA. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- IBÁÑEZ, TOMÁS. 2001. *Psicología social construccionista*. México: Universidad de Guadalajara.
- KLEINMAN, ARTHUR. 2002. "The Violence of every Day: Multiple Forms and Dynamics of Social Violence". En *Violence and Subjectivity*, editado por Veena Das, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds, 226-240: Berkeley, CA: University of California Press.
- KLEINMAN, ARTHUR, VEENA DAS y MARGARET LOCK. 1997. *Social Suffering*. Berkeley, CA: University of California Press.
- MACDOUGALL, DAVID. 2006. *The Corporeal Image, Film, Ethnography and the Senses*. Princeton: Princeton University Press.

- MACHOVER, KAREN. 1974. *Proyección de la personalidad*. Bogotá: Ediciones Cultural.
- MORENO, LEONARDO. 2000. *Espacio político, territorio y guerra entre los yariguíes según fuentes etnohistóricas de los siglos XVI y XVIII*. Barrancabermeja: Universidad Cooperativa de Colombia.
- PEÑA, MANUEL VICENTE. 1996. *Un pueblo mutilado*. Bogotá: Fundación para los Deberes Humanos.
- PROGRAMA DE ACCIÓN INTEGRAL CONTRA MINAS, COLOMBIA (PAICMA). 2008. *Política nacional de acción integral contra minas antipersonal 2009-2019*. Consultado el 9 de diciembre del 2009, http://www.accioncontraminas.gov.co/Documents/Politica_Nacional_Accion_Integral_contra_Minas_Antipersonal.pdf
- _____. 2010. "La Cumbre de Cartagena, por un mundo libre de minas antipersonal". *Revista del Programa Presidencial para la Acción Integral Contra Minas* 3: 86-91.
- SCARRY, ELAINE. 1985. *The Body in Pain. The Making and Unmaking of the World*. Nueva York: Oxford University Press.
- SCHEPER-HUGHES, NANCY. 1997. *La muerte sin llanto, violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- SUMMERFIELD, DEREK. 1999. "A Critique of Seven Assumptions behind Psychological Trauma Programmes in War-Affected Areas". *Social Science and Medicine* 48: 1449-1462.
- TAMBIAH, STANLEY. 1996. *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*. Berkeley, CA: University of California Press.
- TORRES, JOHN Y MARISOL GÓMEZ. 2008. "La reintegración no se completará en menos de 2 décadas: Frank Pearl". *El Tiempo*, sección Nación, 26 de noviembre. Consultado el 9 de diciembre del 2009, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3206369>

Recibido: 7 de enero del 2011

Aceptado: 25 de septiembre del 2011
